

# *El arco y las flechas en el Bronce Final y en el Hierro Inicial en Grecia*

Susana REBOREDA MORILLO  
Universidad de Vigo

## RESUMEN

El arco y las flechas, en el mundo micénico, ocupaban un puesto relevante tanto en el marco bélico como en el cinegético, y así se demuestra en el análisis de las fuentes arqueológicas, iconográficas y escritas/epigráficas. Sin embargo, esta realidad se transforma en los inicios de la edad del Hierro, y perdura, por lo menos, durante toda la época oscura. En el presente artículo pretendemos demostrar que la causa de este cambio radica en la instauración de una nueva táctica guerrera que implicará a su vez una transformación en la ética y en el concepto sobre las armas de largo alcance, en general, y del arco y las flechas, en particular.

## PROBLEMÁTICA Y METODOLOGÍA.

El análisis sobre la práctica del arco y las flechas plantea una serie de problemas que, sin ninguna duda, condicionan los resultados de la investigación. El primer inconveniente es el material empleado en su fabricación: madera, asta, tendones y cuerda, para el arco, y, para algunas puntas de flecha, cabe al menos citar la posibilidad de la madera —endurecida al fuego— y del asta; todos de carácter perecedero y, por lo tanto, de difícil perduración a través del tiempo salvo en condiciones climáticas muy determinadas —excesiva humedad (turberas) o en lugares muy secos (desiertos)— que, por desgracia, no son característicos de la zona geográfica de esta investigación: Grecia y las islas del Egeo; donde, de hecho, no existe ni un sólo ejemplar de arco que permita su estudio de forma

directa. A nivel arqueológico, este problema puede ser solventado gracias a las puntas de flecha pétreas o metálicas; pero éstas también plantean ciertos inconvenientes. En primer lugar, a diferencia de la gran mayoría de las armas, sólo podían ser utilizadas una vez, es decir, al ser arrojadas difícilmente serían recuperables o reutilizables. Ello dificulta no sólo su hallazgo, sino también su datación, con la excepción de aquellas que se encuentren formando parte de un ajuar o que aparecen en un yacimiento sellado en el que se demuestre la existencia de una batalla donde intervino este tipo de arma (Cook, 1958-59). El segundo problema radica en determinar si el objeto de estudio es en realidad una punta de flecha: resulta una cuestión muy controvertida determinar las dimensiones límite que diferencian este objeto con una punta de jabalina o de una pequeña lanza. En tercer lugar, citar la lentitud de las publicaciones sobre los resultados de las excavaciones.

Una última cuestión, relacionada directamente con el planteamiento de este trabajo, sería qué finalidad tenía el arma: es decir, si se empleaba en un contexto bélico o cinegético.

Son abundantes las dificultades aquí planteadas que pretendo subsanar, en la medida de lo posible, gracias a un estudio de carácter plural, que incluye la contrastación de datos proporcionados no sólo por la arqueología, sino también por las fuentes iconográficas y escritas (epigráficas y literarias).

### **El arco y las flechas en el mundo micénico (Buchholz, 1962 y Borgna, 1992).**

Las áreas más representativas para este estudio son dos: por un lado Creta, especialmente Cnosos, y por otro el continente y su área de influencia.

#### *Area Cretense*

Es a partir del Minoico Final cuando se registra un mayor número de puntas de flecha. Sin tener en cuenta el importante hallazgo del arsenal de Cnosos, al que me referiré posteriormente, se han contabilizado unas ciento diez, la mayor parte datadas en el Minoico Final II y III y son de bronce —con la excepción de dos de pedernal y una de obsidiana—. Respecto al contexto en que se localizaron, desconocemos el de unas treinta

y cinco, ya que los diversos autores no ofrecen ninguna información sobre las circunstancias del hallazgo, cinco nos remiten a construcciones que los arqueólogos definen como casas, y más de sesenta y ocho proceden de un contexto funerario, distribuidas en nueve tumbas. La que poseía una concentración mayor, ubicada en Cnosos, contaba con veinte. Es en el palacio de Cnosos (Evans IV, 1935: 832-840) donde se localizó un importante hallazgo en relación con el tema aquí tratado, en la habitación denominada por Arthur Evans «El Arsenal», en cuyo interior se agrupaban una serie de tablillas en las que aparecían registrados diversos materiales relacionados directamente con la guerra: carros, ruedas, lanzas, flechas y otras armas de metal (Chadwick, 1977: 202-226). En este lugar aparecieron dos grandes cofres de madera cuidadosamente sellados que alojaban cientos de puntas de flecha, todas de bronce, salvo tres de hueso y una de piedra. El contexto de este relevante hallazgo permite desestimar la teoría de que la finalidad del arco y las flechas en el área del Egeo era exclusivamente cinegética (Lorimer, 1947 y Ventris y Chadwick, 1973) y abren el camino para relacionar este arma con el contexto bélico.

Es también a partir del Minoico Medio cuando la iconografía avala la importancia del arco y las flechas. Son numerosos los cilindros sellos en que aparecen personajes –masculinos y femeninos– armados con un arco, algunos en un contexto claramente cinegético –hombre acompañado con un perro, colección Dawking– y otros de difícil interpretación. En el mismo período, formando parte del por desgracia bastante deteriorado «Mosaico del Pueblo», se detecta la figura de un arquero y un fragmento de un arco (Immerwahr 1990: 21). La interpretación temática del mismo –conjunto arquitectónico que incluye soldados, animales, agua y la proa de un barco– es la de un asedio, similar al del Ritón de Micenas que posteriormente comentaré; el marco sería, pues, claramente bélico. Un fragmento de un vaso de esteatita hallado en Cnosos representa a un arquero en solitario sobre un fondo marino, también identificado como integrante de un asedio (Lorimer, 1950<sup>1</sup>). En el Minoico Final continúa la tradición de sellos con la impronta de arqueros, algunos podrían tener relación con el ámbito de lo sagrado (Borgna, 1992: 53-56).

Como fuentes escritas/epigráficas para el período debemos limitarnos a las tablillas del Lineal B. En el citado «Arsenal» del palacio de Cnosos junto a los cofres repletos de flechas se localizaron dos tablillas frag-

---

<sup>1</sup> Esta autora niega la existencia de arqueros griegos y defiende que el aquí representado no sería cretense porque se le describe barbado.

mentadas con el pictograma de una flecha seguido por los números 6010 y 2630.

Una interpretación mucho más controvertida se incluye en la serie *Mc*– referida a los ideogramas «J» y «H», que Arthur Evans identificó respectivamente con asta de cabra salvaje (*capra ageagrus creticus*) y con asta de cabra hembra, que traduciría un abastecimiento regular para la fabricación del arco compuesto (Evans IV, 1935: 832-834). Sin embargo, la mayor parte de los especialistas rechazan esta interpretación porque supone una fecha demasiado temprana para conocer el arco compuesto en esta zona (Ventris y Chadwick, 1973: 301-303 y Rausing, 1967).

Veamos los testimonios recogidos para el *continente griego y su área de influencia* en el Bronce Final.

Los hallazgos de puntas de flecha son escasos en el Heládico Antiguo, pero se incrementan en el Heládico Medio –la mayoría de pedernal y obsidiana– y sobre todo en el Heládico Final donde comienza a ser notable la producción en bronce que supera con mucho al resto de los materiales. Como dato curioso citar un hallazgo de puntas realizadas en cuarzo y cristal de roca en una tumba en la región del Peloponeso –Volimidia– (Bleguen, 1958). La concentración más elevada corresponde a ajuares de tumbas –723 puntas distribuidas en noventa sepulcros– y también se registra un alto número en el Artemision de Delos, sin duda en consonancia con la naturaleza cazadora de la divinidad al que está dedicado, Artemis.

En este período destacan tres núcleos, por un lado un depósito de 500 puntas en el palacio de Pilos, interpretado como un taller de fabricación (Bleguen y Rawson, 1966) y, por otro, dos importantes necrópolis: Las Tumbas Círculo de Micenas y el cementerio de Prosymna, en la zona de Argos. En el Círculo A (Karo, 1930-33: 208-209), en la Tumba Pozo IV, que posee uno de los ajuares más ricos de todo el conjunto, se localizaron un total de treinta y ocho puntas de flecha: veintiseis de pedernal y doce de obsidiana, que Karo describe como «realizadas con un gran virtuosismo». De interpretación más controvertida resultan una serie de cintas de oro y plata, que algunos autores (Persson, 1951) identifican con ornamentos adosados al carcaj de un arquero –por desgracia desaparecido por los materiales perecederos en que fue realizado. Respecto al Círculo B (Mylonas, 1957), la tumba *delta* incluía diecisiete puntas de pedernal colocadas cuidadosamente en una bolsa de cuero –hoy sólo quedan trazas de la misma– y ésta, a su vez, introducida en una pequeña vasija de bronce. La segunda tumba es la designada como *lamda*, donde uni-

das a abundantes piezas de oro, se encontraron veinticuatro puntas de flecha de pedernal y veinte de obsidiana. Probablemente, también en este caso estaban reunidas en una bolsa de cuero. En la necrópolis de Prosymna (Bleguen, 1937) se distribuyeron en seis tumbas, doce puntas de pedernal y veintitrés de obsidiana; en otros trece sepulcros se localizaron más de cien de bronce.

Respecto al material iconográfico que refuerza la aludida importancia del arco, contamos con un interesante hallazgo en la ya mencionada Tumba IV del Círculo A, se trata del conocido como «Ritón de Plata del Asedio»; a pesar de que sólo se conservan unos cuantos fragmentos, es posible definir el tema con bastante certeza. Se trata de la representación esquemática de una ciudad, a través de una muralla; en el exterior, en el espacio limítrofe con el agua se encuentran tres honderos y tres arqueros en actitud de disparar. Sin duda es una escena de asedio y quizás la persona que lo encargó y deseó enterrarse con él estuviera en contacto con la escena representada (Vermeule, 1971: 128-133). De este mismo lugar procede la crátera de plata con decoración en relieve que describe dos grupos de guerreros enfrentados, en cada uno de los bandos aparece un arquero. Pero no sólo se constata la utilidad del arco en el mundo bélico, sino también en el cinegético: dos escenas desde un carro –estela de piedra y un anillo de oro de la Tumba IV– y una a pie, esta última –caza de un león– sobre una daga decorada con la técnica del nielado.

Otras representaciones de la Grecia continental parecen ligarse al contexto sacro (Borgna, 1992:94): un anillo-sello del tholos de Vafio, en Laconia, datado alrededor del 1500, muestra a una figura masculina que, además del arco, lleva un puñal; y un anillo de oro de procedencia desconocida –actualmente en el museo de Berlín– ubica a un hombre en el centro de tres mujeres, una de éstas porta un arco.

A nivel epigráfico, en las tablillas del Lineal B del palacio de Pilos, destaca la serie *Jn-* que inscribe la cantidad de metal en bruto que será distribuida entre los artesanos; en alguna tablilla esta cantidad se une no sólo al pictograma identificado a las puntas de flecha –muy similar al de Cnosos– sino también a la palabra que las designa: *pa-to-je-i-qe* (Ventris y Chadwick, 1973: 301-3).

A modo de conclusión: los datos expuestos demuestran que el arco y las flechas eran armas representativas en la época micénica y no sólo unidos a la actividad cinegética, sino también al campo de batalla, y así se expresa en la iconografía de los asedios y a través de la centralización, en los grandes palacios, tanto del material de fabricación como de las flechas.

## El arco y las flechas en la edad oscura griega.

Esta realidad se transforma en los inicios de la Edad del Hierro, y se mantiene a lo largo de la llamada Edad Oscura, lo que lleva a diversos autores (Snodgrass, 1964: 156 y 1967: 39) a afirmar que, salvo en Creta, el manejo del arco cayó en desuso hasta el s. VIII a. de C. De hecho, hasta este momento son excepcionales los hallazgos —todos ellos en tumbas— limitándose a los siguientes:

—s. XI a. de C.: En Lefkandi, diez puntas de flecha de hierro y unos restos de cornamenta de ciervo en la pira-T que podrían responder a restos calcinados de un arco compuesto (Popham, Sackett y Themelis, 1980).

—s. X a. de C.: una punta de flecha en el Cerámico, en Atenas (Snodgrass, 1964: 148).

—900 a. de C.: dos en Tirinto (Snodgrass, 1967: 39 n.9).

—s. IX a. de C.: cuatro en Vergina (Desborough, 1972: 219-20), 1 en Corinto —ambos casos junto a otras armas— y otra en Cremasti, Rodia, en una tumba de incineración (Coldstream, 1977: 38 y 46).

Si la aportación arqueológica se manifiesta escasísima —un total de diecinueve puntas de flecha—; tampoco la iconográfica es muy abundante, ya que tanto el período protogeométrico como geométrico la representación figurada constituye la excepción de la norma. A pesar de ello, contamos con algunos arqueros:

—Del período protogeométrico, procedente de la necrópolis de Lefkandi, Eubea, —tumba S 51—, una hidra muestra dos arqueros enfrentados, aparentemente disparándose o al menos apuntándose el uno al otro, aunque parece que ambos están sentados. En Enkomi, Chipre, se localizó una cratera de cuatro asas con una escena de caza: un arquero apunta hacia unas aves (Schaeffer, 1971); referido al mismo tema es el fragmento de un *pithos* de Aneliende, datado en el Heládico Final, esta vez la caza se efectúa desde un carro.

—En el geométrico final se datan las bien conocidas crateras funerarias del taller de Dipylon, con un mismo esquema representativo: en el frente se desarrolla el motivo principal: rituales funerarios y, en el reverso, el secundario: escenas de lucha. Son estas últimas las que nos interesan especialmente porque en unas dieciséis se observa que en ambos bandos se maneja el arco. Respecto a la interpretación de estas cerámicas, la opinión se divide entre quienes defienden que se representa una situación

más o menos coetánea al artista y aquellos que argumentan que estas cerámicas hacían referencia a un tema inspirado en la épica. Hasta hace relativamente poco tiempo, la teoría más extendida era esta última (Webster, 1958: 168-177), pero otros estudios (Ahlberg, 1971) defienden que las dos temáticas de las cráteras se relacionaban, en su mayoría, con escenas vividas por las personas allí enterradas. Por mi parte pienso que si comparamos las representaciones estrictamente guerreras con la épica homérica se deduce que el espíritu o intencionalidad de los distintos artistas –bardo y pintor– no podía ser el mismo. En los poemas épicos es una constante la idea de individualidad, de singularidad de los héroes que alcanzaban su *areté* frente a la masa que luchaba desde el anonimato, introducida por el bardo tan sólo de forma secundaria para establecer un punto de contraste con los grandes héroes, y utilizada para adjudicarle un mayor tono de realidad. Sin embargo, en todas las representaciones del período geométrico referidas al mundo bélico, salvo una <sup>2</sup>, ocurre exactamente todo lo contrario; en general, a todos los guerreros se les presta la misma atención y las diferencias que podemos apreciar entre ellos son el tipo de arma o escudo, pero sin que esto refleje una valoración a favor de unos sobre los otros. Así, no parece admisible la identificación temática entre ambas artes –poesía y cerámica–, al menos en el tratamiento que se hace de la guerra y de los combatientes.

En cualquier caso, a pesar de la relativa abundancia de arqueros –superior a los personajes con otras armas–, es preciso tener en cuenta que todas estas cráteras pertenecen a un mismo taller y abarcan un período de tiempo muy limitado.

A la luz de los datos expuestos observamos que armas tan eficaces como el arco y las flechas, aunque no desaparecieron, sí sufrieron un profundo declive en el inicio de la Edad del Hierro. ¿Cuál podría ser el motivo?

### **El eclipse del arco y la nueva táctica bélica.**

R. Drews, en una reciente publicación (1993), defiende que la causa principal del fin de importantes culturas del mediterráneo oriental a finales del Bronce se produjo por un cambio de táctica, si en estas culturas se

---

<sup>2</sup> Un pequeño fragmento del *Heraion* de Argos, en el que a pesar de su deterioro, se detectan dos figuras de un tamaño mucho mayor que las demás y que poseen al final de cada pierna dos pies, motivo por el que se le atribuye un significado mitológico.

practicaba fundamentalmente la lucha sobre el carro, la llegada de enemigos que combatían en el marco de la infantería provocó la derrota de los ejércitos locales y la imposición de esta nueva forma de lucha. Con diferentes medios y objetivos coincidimos en que con la Edad del Hierro se impuso una nueva táctica bélica. De hecho, creo que la causa principal del «eclipse del arco» obedece a esta innovación y a su correspondiente modificación en la ética bélica.

Para demostrar esta hipótesis, además de los datos arqueológicos e iconográficos ya expuestos, la épica constituye prácticamente la única fuente; a pesar de que una literatura narrativa que bebe de la tradición oral presenta muchas limitaciones (González García, 1991), no por ello debe ser desestimada. La épica aporta interesantes datos para el análisis de ciertas pautas culturales de la edad oscura. De hecho, la *Ilíada*, es un buen marco para el estudio del mundo bélico, y sin ninguna duda ofrece información sobre el posible significado simbólico que, las armas, en general, y, el arco, en particular, ofrecían no sólo para el aedo, sino también para su audiencia.

Un primer dato que llama poderosamente la atención es el escaso número de personajes cuyo nombre propio aparece unido a la práctica del arco. Así mismo, resultan significativos las descripciones o destinos de estos arqueros.

—*Filoctetes*: «El buen conocedor del arco» (*Il.* II, 719), iba al mando de siete naves, con cincuenta remeros expertos en el tiro al arco (*Il.* II, 720-721). La desgracia de Filoctetes se inició incluso antes de alcanzar las tierras troyanas. De camino a Ilión, en la isla de Lemnos, le atacó una serpiente, causándole una herida que despedía un olor insoportable. Por este motivo fue abandonado con su arco, a pesar de los terribles dolores que sufría (*Il.* II, 721-727).

—*Pándaro*: Jefe de los licios, apoya al bando troyano. Junto a la imagen de un guerrero valiente con quien parece difícil rivalizar (*Il.* V, 170), aparece otra más oscura que le describe rompiendo el juramento de una tregua: agazapado tras los escudos de sus compañeros, lanzó una flecha contra Menelao, quien resultó herido (*Il.* IV, 90-125). La autoría de esta acción se mantuvo en el más estricto anonimato (*Il.* IV, 208).

En el canto V (208-211), Pándaro, declara de forma explícita su arrepentimiento por participar en la batalla con el arco, ya que sus flechas, en vez de herir a sus enemigos, parecían inculcarles más furor; así, anunció que si lograba regresar con vida, destrozaría con sus propias manos el arco antes de arrojarlo al fuego. Proyecto que no pudo llevar cabo porque murió a manos de Diomedes (*Il.* V, 298).



—*Paris*: Es el principal causante de la Guerra de Troya al planear con Afrodita el rapto de Helena. En su primera aparición es descrito llevando sobre los hombros una piel de leopardo, un arco curvado y dos espadas (*Il. III, 15*). Sus intervenciones a lo largo de la obra se pueden calificar, en general, como desafortunadas. El siguiente ejemplo responde al momento en que Paris observa entre las filas griegas a Menelao, el esposo legítimo de Helena:

*«...sintió que se le estremecía el corazón y de nuevo se retiró al grupo de sus camaradas, tratando de evitar el destino de la muerte. E igual que cuando uno, al ver una serpiente en la cañada de una montaña, recula apartándose, y bajo su piel el temblor embarga los miembros, y se vuelve atrás y la palidez se apodera de sus mejillas, así se sumergió de nuevo entre la multitud de los altaneros troyanos...»*

*Il. III, 30-38*<sup>3</sup>

Actitud que no resulta muy acorde con la ética heroica del momento y los insultos que le increpa su hermano Héctor constituyen una buena prueba.

—*Escamandrio*. Pocos son los datos que tenemos de este arquero. Hijo de Estroffio y experto en la caza, muere en el mismo momento en que se informa de su existencia, alcanzado cuando *huía* por la lanza de Menelao (*Il. V, 50-57*).

—*Diomedes*: En realidad no se le puede encuadrar propiamente dentro del grupo de los arqueros, ya que este arma aparece en sus manos una sólo vez —errando el tiro que dirigía a Héctor— (*Il. VIII, 118-120*), en general, utiliza una espada o dos lanzas, armas heroicas por excelencia.

—*Teucro*: Se le tacha de bastardo, y aparece genealógicamente unido tanto a los aqueos como a los troyanos: por un lado es hermanastro de Ajax el Telamonio y por otro sobrino materno de Príamo. Apoya a los primeros como uno de los arqueros más brillantes. Participa en la batalla en conjunción con su hermanastro tras cuyo escudo vigila y se parapeta en los intervalos de los disparos (*Il. VIII, 265-270*). El símil utilizado para describir esta táctica es significativo:

---

<sup>3</sup> La traducción utilizada para la *Iliada* es la de Rodríguez Alonso, C. de la editorial Akal. Madrid, 1989.

«...volvía a meterse tras Ajax como un niño bajo su madre, y éste le seguía ocultando bajo su reluciente escudo».

*Il. VIII, 271-272.*

Por otra parte, su éxito matando a enemigos es notable, aunque no logra su más ansiado objetivo: acabar con Héctor; es finalmente este héroe quien le deja impedido para utilizar el arco, al arrojarle una piedra puntiaguda que le rompió un nervio de la mano (*Il. VIII, 320-330*).

—*Meriones*: Nieto de un bastardo era escudero de Ideomeo, el jefe de los cretenses. En la batalla lucha más veces con la lanza (*Il. XIII, 160, 249, 531, 567*), que con el arco (*Il. XIII, 650*). Incluso asume el epíteto de «*el ilustre por su lanza*» (*Il. XVI, 620*).

—*Dolón*: Hijo de un heraldo, es «...verdaderamente feo de aspecto, pero rápido de pies» (*Il. X, 315*). En ningún momento lo vemos tomando parte de la batalla, sino que en el canto X interviene como voluntario para espiar a los aqueos. De noche, se cubre con una piel de lobo y porta en su espalda el arco. Odiseo y Diomedes le tienden una emboscada, y traiciona a los troyanos pensando que a cambio salvaría su vida<sup>4</sup>. Finalmente Diomedes le corta la cabeza. (*Il. X, 314-460*).

—*Heleno*: Es hijo de Príamo y uno de los mejores adivinos (*Il. VI, 76*), y, como tal, lo vemos realizando el papel de consejero —casi siempre de su hermano Héctor— en las decisiones sobre el transcurso de la guerra, aunque también participa de forma activa. En una ocasión se le adscribe una espada en la mano (*Il. XIII, 578*), pero inmediatamente se enfrenta con su arco a Menelao y éste le hiere con su lanza en la mano derecha (*Il. XIII, 581-601*) provocando su retirada de la batalla. Una vez más, un arquero queda inutilizado para manejar su arma.

Estos son los únicos héroes que en la *Ilíada* aparecen con el arco y las flechas. Aunque suman un total de 9, Diomedes podría ser excluido del grupo; a medio camino se encontrarían Meriones y Heleno, que luchan también con otras armas. Filoctetes ni siquiera llegó a Troya y Dolón no es descrito en la batalla, y la hazaña con que se le relaciona resulta más propia de un contexto cinético que bélico. Es decir, el número de arqueros/héroes se reduce a tres: Paris, Pándaro y Teucro, calificados los dos primeros como cobardes y el tercero como un bastardo que lucha contra su tío.

<sup>4</sup> Louis Gernet (1980: 136-150) realizó un acertado estudio en el que demuestra las analogías de este episodio con una hazaña cinegética, en la que Dolón sería la presa y Odiseo y Diomedes los cazadores.

Otro hecho significativo es que a pesar de que el número de héroes que muere en la lucha es elevado, ninguno lo hace a causa de una flecha; como mucho ésta provocó una herida que impidió el seguir combatiendo, ocurre así con Glauco (*Il. XII*, 388) y Diomedes (*Il. XI*, 370-389) pero ambos continuaron mostrando su influencia en el transcurso de la guerra, o bien opinando en la Asamblea, o bien arengando a las tropas.

En realidad, la mayor parte de las alusiones a la práctica del arco están relacionadas con la masa anónima de la forma siguiente:

*«Levantándose en ambos ejércitos aguda gritería, las flechas saltaban de las cuerdas de los arcos y audaces...»*

*Il. XV, 313-314*

*«...detuvo las falanges troyanas, que al momento se quedaban quietas. Los aqueos de larga cabellera, le arrojaban flechas, dardos y piedras...»*

*Il. III, 76-78.*

La conclusión que extraemos es que el arco fue un arma que participó en ambos bandos de la Guerra de Troya <sup>5</sup>, pero se le adscribían una serie de connotaciones negativas cuya causa hay que buscarla en su oposición a la táctica aristocrática y por lo tanto la reconocida como válida éticamente: la lucha cuerpo a cuerpo o la *monomachia* o combate singular, que alcanza su máximo auge en la transición del segundo al primer milenio a. de C. (Fernández Nieto, 1975).

El contexto político en que primaban ambos tipos de combate era el sistema gentilicio donde el poder, establecido a través de lazos de sangre era monopolio de los aristócratas, quienes extraían sus riquezas —y con éstas la fuente de su estatus—, en el marco de la legalidad, principalmente de la guerra y de la piratería (Finley, 1961: 59-87). Los repartos del botín se efectuaban jerárquicamente, así los beneficios eran proporcionales a la categoría social.

Al igual que con el reparto de la riqueza, las pautas de la guerra se regían por una normativa rigurosa (Ducrey, 1985). Dos eran las directrices posibles: la primera, que denomino «tradicional», en la que se lucha-

---

<sup>5</sup> A raíz de la información expuesta, creo que no es sostenible la teoría de que el arco era monopolio de los extranjeros (A. Wace y F. Stubbings 1962: 518) con la finalidad de mantener la idea de que los griegos desconocían el manejo del arco.

ba hasta que uno de los dos grupos era vencido por el otro y, la segunda, el «combate singular», donde se realizaba una selección del mejor guerrero de cada bando y el resultado de este enfrentamiento determinaba el grupo vencedor y conducía a la paz.

En el combate «tradicional», dos grupos de guerreros se enfrentaban, siempre en una llanura, y al aproximarse se desarrollaba un enfrentamiento «cuerpo a cuerpo» que marcaba la ética del guerrero/noble; el arma más común era la lanza –sin que fuera arrojada a una gran distancia– aunque también se utilizaba la espada. Un requisito imprescindible en este tipo de combate era la previa presentación de las respectivas genealogías antes de iniciarse la lucha. La importancia de los antepasados era tal que incluso se buscaba entre el «fragor de la batalla» a una persona determinada para combatir, ya que la gloria adquirida –el *kleos*– se establecía en relación directamente proporcional al enemigo derrotado.

El «combate singular», también llamado *monomachia* perseguía dos objetivos:

1. Llegar a una solución final del conflicto sin la necesaria masacre de uno de los dos bandos (*Il. III*: Paris y Menelao).
2. Paralizar la contienda por un día –y con ello una vez más detener, aunque sólo momentáneamente, el derramamiento de sangre– (*Il. VII*: Ajax y Héctor).

En ambos casos se sustituía la guerra generalizada por el combate entre dos personas, dos sobresalientes guerreros elegidos de entre el grupo aristocrático. El enfrentamiento que primaba en la *monomachia* era la lucha cuerpo a cuerpo, y, jurando ante los dioses, se prohibía el uso de armas arrojadas y la intervención de cualquier otro guerrero. Si se contravenían las normas, se rompía la tregua y comenzaba la batalla generalizada, las consecuencias podían ser funestas, ya que suponía la violación del juramento previo.

En definitiva, el combate cuerpo a cuerpo definía la ética guerrera de los héroes/nobles. Pero no era ésta la única forma de enfrentamiento, sino que también existía, el empleo de las armas de largo alcance, fundamental en dos momentos: al aproximarse los dos grupos enfrentados y para cubrir la retirada (W.K. Pritchett 1985). En la *Ilíada* se documentan la lanza –esta vez utilizada como arma arrojada–, el arco y las flechas y las piedras. Pero esta táctica, aunque necesaria, era claramente menospreciada, de forma que se intentaba minimizar su existencia, con comentarios del tipo siguiente:

*«Pero al hijo de Telamón le seguían sus leales huestes, numerosas y valientes, que le tomaban su escudo siempre que la fatiga y el sudor alcanzaban sus rodillas; y en cambio, no seguían los locros al magnánimo hijo de Oileo, pues su corazón no les aguantaba en la refriega cuerpo a cuerpo, ya que no tenían cascos guarnecidos de bronce, adornados de tupidas crines de caballo, ni tenían escudos de hermoso cerco, ni lanzas de fresno. Antes bien, lo habían seguido a Ilión confiando en sus arcos y en sus bien trenzadas cuerdas de lana de oveja, con los que por tanto, intentaban romper, disparando copiosamente, las falanges troyanas... ellos disparaban sus arcos por detrás sin ser vistos».*

XIII, 711-720.

Por otro lado, se establecía una jerarquía entre las distintas tácticas: los enfrentamientos «cuerpo a cuerpo» eran monopolio de los *aristoi*; mientras que la lucha a distancia, estaba a cargo de la «masa anónima», de quien no se cantaban hazañas porque sus nombres no eran relevantes.

La causa de esta falta de reconocimiento era la oposición abierta entre ambas tácticas y en consecuencia entre la ética de un combatiente y un arquero:

—Frente a la reglamentación estricta de las batallas, una de las bazas más importantes de la lucha con arco era actuar bajo el factor sorpresa.

—A nivel espacial, la llanura era el lugar por excelencia del combate; el arquero, artífice de la emboscada, prefería la montaña y los lugares escarpados.

—En el enfrentamiento cuerpo a cuerpo se imponía el conocimiento genealógico de ambos contendientes; sin embargo la ventaja del arquero era disparar la flecha desde un lugar oculto, manteniéndose en el más estricto anonimato.

—El tiempo dedicado a la guerra estaba marcado por la luz del día, siendo automáticamente detenida con el ocaso; por el contrario, una de las formas más exitosas, y universalmente admitida —tanto en el espacio como en el tiempo— de aprendizaje del tiro al arco era en la más completa oscuridad disparar hacia una luz (McLeod, 1988). Consecuencia directa era la posibilidad de aplicar esta práctica en la noche (Tucídides III, 23,4).

Quizás a la vista de los argumentos expuestos resulte más fácil la comprensión del siguiente fragmento de Arquíloco:

«No se van ya a tensar muchos arcos ni frecuentes hondas, cuando Ares convoque a la contienda en el llano. De espadas será muy quejumbrosa la tarea. Que en ese género de lucha son expertos ellos, los dueños de Eubea, afamados por sus lanzas».

(3D)<sup>6</sup>.

## BIBLIOGRAFIA

- Ahlberg, G. (1971): *Fighting on land and sea in Greek Geometric Art*, Estocolmo.
- Bleguen, C.W. (1937): *Prosymna. The Helladic Settlement Preceding the Argive Heraeum*, Cambridge.
- (1954): *AJA* 58, pp. 31 y ss.
- Bleguen, C.W. y M. Rawson (1966): *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia, I: The Buildings and their Contents*, Princeton.
- Borgna, E. (1992): *L'Arco e le frecce nel mondo miceneo*, Roma.
- Buchholz, H.G. (1962): «Der Pfeilglätter aus dem VI Sachtgrave von Mykene und die Gelladischen Pfeilspitzen», *JDAI* 77, pp. 1-58.
- Chadwick, J. (1977): *El mundo micénico*, Madrid.
- Coldstream, J.N. (1977): *Geometric Greece*, Londres.
- Cook, J.M. (1958-59): «Old Smyrna: 1948-51», *BSA* 53-54, pp. 1-34.
- Desborough, V.R.d'A. (1972): *The Dark Ages*, Londres.
- Drews, R. (1993): *The End of the Bronze Age. Changes in Warfare and the Catastrophe ca. 1200 B.C.*
- Ducrey, P. (1985): *Guerre et guerriers dans la Grèce Antique*, París.
- Evans, A. (IV, 1935): *The Palace of Minos at Knossos*, Londres.
- Fernández Nieto, F.J. (1975): *Los acuerdos bélicos en la Antigua Grecia (época arcaica y clásica)*, Santiago de Compostela.
- Finley, M.I. (1961): *El mundo de Odiseo*, Madrid.
- Gernet, L. (1980): *Antropología de la Grecia Antigua*, Madrid.
- González García, F.J. (1991): *A través de Homero. La cultura oral en la Grecia antigua*, Santiago de Compostela.

<sup>6</sup> *Antología de la poesía lírica griega (siglos VII-IV a. de C.)*. Traducción de Carlos García Gual. Editorial Alianza. Madrid, 1983. pp.24-31. Aunque este autor es algo posterior, 650 a. de C., y se refiere a la táctica hoplítica, priman los mismos prejuicios con el arco y las flechas que en las tácticas empleadas en la edad oscura.

- Immerwahr, S.A. (1990): *Aegean Painting in the Bronze Age*, Pennsylvania.
- Karo, G. (1930-33): *Die Schachtgräber von Mykenai*, Munich.
- Lorimer, H.L. (1947): «The Hoplite Phalanx with Special Reference to the Poems of Archilochus and Tyrtæus», *ABSA* 42, pp. 76-138.
- (1950): *Homer and the Monuments*, Londres.
- McLeod, W.E. (1988): «The Bow at the Night: an Inappropriate Weapon?», *Phoenix* 42, pp. 121-5.
- Mylonas, G. (1957): *Ancient Mycenae. The Capital City of Agamemnon*, Londres.
- Persson, A.V. (1951): «Garters-quiver ornaments?», *BSA* 46, pp. 125-137.
- Popham, M.R., L.H. Sackett y P.G. Themelis (1980): *Lefkandi I. The Iron Age. The Settlement. The Cemeteries*, Londres.
- Pritchett, W.R. (1985): *The Greek State at War*, Londres.
- Rausing, A. (1967): *The Bow. Some Notes on its Origins and Development*, Lund.
- Schaeffer, C.F.A. (1971): *Mission Archéologique d'Asie Mineure*, París.
- Snodgrass, A. (1964): *Early Greek Armour and Weapons*, Edimburgo.
- (1967): *Arms and Armour of the Greeks*, Londres.
- Ventris, M. y J. Chadwick (1973): *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge.
- Vermeule, E. (1971): *Grecia en la Edad del Bronce*, México.
- Wace, A y F. Stubbings (1962): *A Companion to Homer*, Londres.
- Webster, T.B.L. (1958): *From Mycenae to Homer. A Study in Early Greek Literature and Art*, Londres.

